

Celebración de la amistad

Escrito por Rubén Kotler

Viernes, 02 de Marzo de 2012 11:40

En recuerdo de Abraham (II)



Dedico este recuerdo muy especialmente a Ana Gabriela, que imagino lo hará suyo y lo guardará en el arcón de los bonitos recuerdos.

El año 2004 nos encontró a mi viejo y a mí, juntos en Buenos Aires. Él había viajado por un par de meses para un tratamiento médico y yo estaba en la “gran ciudad” para hacer un posgrado. Vivimos poco más de mes y medio un acercamiento a nuestra relación padre – hijo que fue realmente importante, al menos para mí. Pudimos compartir como amigos de una cantidad de experiencias, desde salidas a comer, idas al cine o largas caminatas que se transformaban en charlas varias sobre la vida. Estando en Buenos Aires, mi padre recuperó la relación con alguno de sus primos, a quienes hace mucho no veía. Y allí íbamos juntos a esas reuniones de café donde los Kotler / Kotlar se abrazaban al recuerdo de sus infancias. Sin embargo aquí, siento la necesidad de relatar los encuentros que tuvimos con una amiga íntima de mi padre, amiga que él sentía como una hermana. Sé que el sentimiento era compartido pues para “Cuta”, mi viejo era “Abrahamcito”, ese diminutivo cariñoso que solo dos hermanos pueden proferirse.

Viajábamos en el tren hasta Castelar. Sí, en ese que ahora se ha transformado trágicamente en el famoso ferrocarril Sarmiento. Yo era la primera vez que visitaba esta parte de la provincia de Buenos Aires. Al llegar, el ritual de los abrazos y las sonrisas se repetía. Mi viejo, Adelqui y Cuta, como si se vieran siempre. Cada uno de los poquitos encuentros fue intenso. Hablaban de todo: la infancia, el pasado lejano y cercano, los hijos, la dictadura, del “negro Garmendia”, casi un hermano para mi viejo y de “Sarita”, mi madre. Hablaban de la vida pues estaban celebrando la vida. Y yo, testigo de aquella celebración, festejaba con ellos la amistad sellada en la infancia, festejaba sin más las charlas que me trasladaban a un tiempo en el que no había nacido, claro, pero al cual me transportaban en el recuerdo de cómo se había forjado esa amistad, cómo era mi viejo en su infancia o adolescencia, como era su vida cotidiana.

Al regresar mi padre a Tucumán, yo volví a visitar a Cuta un par de veces. Sentía que ella me examinaba en cada encuentro, quizás como buscando los rasgos “Kotler” en el ADN de las ideas. Cuta, debo decirlo, me dio muchos ánimos en seguir con mi carrera en momentos donde puse en cuestión mi formación universitaria. En una de esas visitas me regaló su último libro sobre filosofía y en la dedicatoria me propuso un fragmento del poeta [Cintio Vitier](#): “... contra el pesimismo mejor fundado, contra la cotidianeidad abrumadora del vacío, contra la ausencia de una circunstancia donde estas cosas mismas, que ahora escribo, tengan sentido, y sabiendo la pequeñez de mis posibilidades, VOY A SEGUIR”. Creo que lo escrito allí es parte de esa herencia inmaterial que llevamos siempre con nosotros. Yo también me propongo seguir, claro, por el ejemplo que personas como mi viejo o Cuta me han dado.

Celebración de la amistad

Escrito por Rubén Kotler

Viernes, 02 de Marzo de 2012 11:40

Sé que la partida de Cuta en marzo de 2009, ya hace tres años, afectó emocionalmente a mi papá. Fue la partida de una hermana del alma. Ciertamente, a mi me puso muy triste también, pues para mi había partido una “Maestra” de la vida de quien me siento un poquito discípulo. Cuta, como mi viejo, querían cambiar el mundo, soñaban con un mundo infinitamente más justo y equitativo. Lo sé, porque estuve presente en esos reencuentros, donde la utopía de un mundo mejor sobrevolaba cada instante de charla. La felicidad que puede palpase en esa foto que Ana Gabriela nos enviara y que retrata lo mejor de Cuta y Abrahamcito: la sonrisa compartida de sentirse hermanos, celebración de la amistad eterna. Esa que siempre nos hará seguir.